

rras blandas ó arcillosas, despojos minerales y un barro de algunas pulgadas que podía ser cultivado. Pero allí la toba más ingrata, que no era ni piedra ni tierra, hería duramente la mirada, y no había más remedio que dirigir los ojos á la inmensidad del éter. Después de haber contemplado el límite de sus bosques y la pradera comprada por su amigo, Verónica se volvió lentamente hacia la entrada del Gabou. Allí sorprendió á Farrabesche contemplando una especie de foso que parecía que había sido sondado por algún especulador, creyendo que la naturaleza hubiese ocultado allí riquezas.

—¿Qué tiene usted?—le preguntó Verónica viendo una expresión de profunda tristeza en aquel rostro varonil.

—Señora, debo la vida á este foso, en donde, en la época de mi arrepentimiento y de redimir mis faltas á los ojos de los hombres...

Estas manifestaciones inclinaron á la señora Graslin á aproximar su caballo á la entrada de dicho foso.

—Me ocultaba allí, señora. El terreno es tan sonoro, que, aplicando el oído á tierra, podía oír á distancia de más de una legua los caballos de los gendarmes ó los pasos de los soldados, que tienen un no sé qué de característico. Cuando los oía, me escapaba por el Gabou á un lugar en que tenía un caballo, y me ponía á cinco ó seis leguas de distancia de los que me perseguían. Catalina me traía comida aquí durante la noche; y cuando no me encontraba, me dejaba siempre el pan y el vino en algún agujero tapado con una piedra.

Este recuerdo de su vida errante y criminal, que podía dar mala idea de Farrabesche, fué acogido con indulgente piedad por parte de la señora Graslin, la cual avanzó rápidamente hacia el Gabou seguida del guarda. Mientras que media aquella abertura, á través de la cual se veía el largo valle, tan risueño por una parte y tan triste por la otra, y en cuyo fondo, á más de una legua, se veían también las colinas de Montegnac, Farrabesche dijo:

—Dentro de algunos días se verán ahí magníficas cascadas.

—Y el año próximo no pasará por ahí ni una gota de agua. Ambos lados son de mi propiedad, y, por consiguiente, haré construir aquí una pared bastante sólida

y bastante alta para detener las aguas. En lugar de un valle que no da nada, tendré un lago de veinte, treinta, cuarenta ó cincuenta pies de profundidad, de más de una legua de extensión y con un inmenso depósito que proveerá las aguas de riego que han de fertilizar á toda la llanura de Montegnac.

—Señora, razón tenía el señor cura cuando, trabajando para construir la carretera, nos decía: «¡Estáis trabajando para una madre!» ¡Que Dios bendiga mañana empresa!

—No olvidéis nunca, Farrabesche, que el pensamiento ha sido del señor Bonnet, —dijo la señora Graslin.

De regreso á casa de Farrabesche, Verónica llamó á Mauricio, y volvió inmediatamente al castillo. Cuando su madre y Alina vieron á Verónica, quedaron admiradas del cambio de su fisonomía, á la que la esperanza de hacer bien en aquel país había dado el aspecto de la felicidad. La señora Graslin escribió á Grossetete rogándole que pidiese al señor de Grandville la libertad completa del pobre forzado, sobre cuya conducta dió magníficos informes, que fueron confirmados con un certificado del alcalde de Montegnac y con una carta del señor Bonnet. A esta carta unió las señas de Catalina Curieux, rogando á Grossetete que suplicase al fiscal que se interesase por aquella buena acción que meditaba, á fin de que éste escribiese á la policía de Paris encareciendo la captura de la muchacha. La circunstancia de haber enviado fondos al presidio en que Farrabesche había cumplido su condena, debía bastar para que pudiesen averiguar su paradero. Verónica estaba interesada en saber la causa que había motivado la resolución tomada por Catalina de no venir á unirse á su hijo y á Farrabesche. Además dió conocimiento á su anciano amigo de los descubrimientos que había hecho en el torrente del Gabou, recomendándole de nuevo que se diese prisa á buscar el hombre hábil que le había encargado.

El día siguiente era un domingo, y fué el primero en que Verónica, desde su estancia en Montegnac, se vió en disposición de poder ir á la iglesia. En su consecuencia, fué y tomó posesión del banco que poseía en la

capilla de la Virgen. Al ver la desnudez de aquella pobre iglesia, se prometió consagrar una suma anual á las necesidades de la fábrica y al ornamento de los altares. Oyó la palabra suave, virtuosa y angelical del sacerdote, cuyo sermón, aunque pronunciado en términos sencillos y que estaban al alcance de todas las inteligencias, fué verdaderamente sublime. Lo sublime proviene del corazón, el alma no lo encuentra, y la religión es un manantial inagotable de ese sublime sin falsos brillantes, toda vez que el catolicismo, que penetra y cambia los corazones, es todo corazón. El señor Bonnet encontró en la epístola un tema digno de desarrollarse y que venía á decir que, tarde ó temprano, Dios cumple sus promesas, favorece á los suyos y alienta á los buenos. Hizo comprender las grandes ventajas que resultarían para la parroquia con la presencia de una rica caritativa, haciendo ver que los deberes del pobre para con el rico benévolo eran tan importantes como los del rico para con el pobre, y que su ayuda debía ser mutua.

Farrabesche había hablado con algunos de aquellos que se mostraban con él afables, llevados de aquella caridad cristiana que el señor Bonnet había puesto en práctica en la parroquia y de la benevolencia que les era propia. La conducta de la señora Graslin para con él era objeto de la conversación de todo el concejo, reunido delante de la iglesia antes de la misa, como acostumbra á hacerse en todos los pueblos pequeños. Nada era más propio que aquéllo para que esta mujer se ganase la amistad de aquellas gentes, eminentemente susceptibles. De modo que cuando Verónica salió de la iglesia, encontró á toda la parroquia formada en dos filas. A su paso, todo el mundo se quitó respetuosamente el sombrero, guardando profundo silencio. Conmovida ante aquella acogida, cuyo motivo no acertaba á comprender, vió que Farrabesche era uno de los últimos de la fila, y dirigiéndose á él, le dijo:

—Sé que es usted un excelente cazador, y le ruego que no se olvide de traerme caza.

Algunos días después, Verónica fué á pasearse por la parte del bosque contigua al castillo, y quiso bajar con el cura á aquellos valles escalonados que había visto

desde la casa de Farrabesche. Entonces adquirió la certidumbre de la disposición que ocupaban los altos afluentes del Gabou. A consecuencia de este examen, el cura observó que las aguas que regaban algunas partes del alto Montegnac provenían de los montes de Correze. Esta cordillera se unía en aquel lugar con la montaña árida, paralela á la cordillera de la Roca-Viva. El cura manifestaba una alegría infantil cuando volvió de aquel paseo, pues veía, con la sencillez de un poeta, la prosperidad de su querida aldea. ¿No es poeta el hombre que ve realizadas sus esperanzas antes de tiempo? El señor Bonnet creía segar ya las hierbas, cuando aun se veía desde su terraza la llanura inculta.

Al día siguiente, Farrabesche y su hijo llegaron cargados de caza. El guarda llevaba para Francisco Graslin una taza de coco esculpido, representando una batalla, que era una verdadera obra maestra. La señora Graslin se paseaba en aquel momento por la parte de la terraza desde la cual se divisaba los Tascherón. Entonces se sentó en un banco, tomó la taza y contempló largo rato aquella obra de hada. Algunas lágrimas asomaron á sus ojos.

—Mucho debe usted haber sufrido, ¿verdad?—dijo á Farrabesche después de un largo momento de silencio.

—Señora, ¿qué hacer allí cuando no se tiene pensamiento de escapar, que es precisamente lo que sostiene la vida de todos los condenados?—le respondió.

—Debe ser una vida horrible,—dijo con acento lastimero, al mismo tiempo que con el gesto y la mirada invitaba á Farrabesche á que hablase.

Farrabesche atribuyó á un violento interés de curiosidad compasiva el temblor convulsivo y demás signos de emoción que observó en la señora Graslin.

En este momento la Sauviat apareció por uno de los paseos de árboles, y ya se dirigía al grupo, cuando Verónica sacó su pañuelo, le hizo un signo negativo, y le dijo con una vivacidad que no había empleado nunca con la anciana auverniana:

—¡Madre mía, dejadme!

—Señora,—repuso Farrabesche,—durante diez años he llevado una cadena atada á una gruesa anilla de hierro que me unía á otro hombre,—dijo mostrándole

la pierna.—Mientras duró mi prisión, me he visto obligado á vivir con tres condenados. He dormido sobre un tablado, y para procurarme un pequeño colchón he tenido que trabajar extraordinariamente. Cada sala contiene ochocientos hombres. Cada uno de los tablados que contiene recibe á veinticuatro hombres atados dos á dos. Todas las noches y todas las mañanas se sujeta la cadena de cada pareja á una gran cadena, que recibe el nombre de *red de seguridad*. Esta cadena sostiene á todas las parejas por los pies y rodea al tablado. Al cabo de dos años aun no había podido acostumbrarme al ruido de aquel hierro que os repite á todas horas: —¡Estás en presidio! Si logra uno quedarse dormido, algún mal camarada se mueve ó disputa recordándoos el sitio donde estáis. Hasta para dormir es necesario hacer un aprendizaje. Por mi parte, puedo asegurarle que no concilié nunca el sueño hasta que mis fuerzas estuvieron agotadas por el exceso de fatiga. Cuando pude dormir, pasé, al menos, noches en que logré olvidar. Y allí, créame usted, señora, el olvido es una gran cosa. Una vez allí, el hombre tiene que sujetarse á un implacable reglamento para la satisfacción de sus necesidades, y este reglamento se extiende á los más insignificantes detalles. Juzgue usted, señora, el efecto que esta vida produciría á un muchacho como yo que había vivido siempre en los campos gozando de la libertad de los corzos y de los pájaros. A haberme sido posible, y á pesar de las hermosas palabras del señor Bonnet que, puedo decirlo, ha sido el padre de mi alma, ¡ah! le aseguro que hubiese atentado á mi vida. Cuando estaba al aire libre, menos mal; pero una vez en la sala, ya para dormir ó ya para comer, pues se come en cubetas y cada cubeta contiene comida para tres parejas, no vivía; los rostros atroces y el lenguaje de mis compañeros me han sido siempre insoportables. Felizmente, desde las cinco en verano, y desde las siete y media en invierno, con viento y con frío, con calor ó con lluvia, íbamos á la *pena*, es decir, al trabajo. La mayor parte de esta vida se pasa al aire libre, y el aire es cosa muy apetecida cuando se sale de una sala en donde hormiguan ochocientos condenados. Este aire, pensad bien en ello, es el aire de la mar. Se goza de sus brisas, se

disfruta del sol, se contemplan las nubes que pasan y se espera la hermosura del día. Pero yo sólo me interesaba por mi trabajo.

Farrabesche se detuvo: dos gruesas lágrimas rodaban por las mejillas de Verónica.

—¡Oh! señora, con esto no le he dicho más que las rosas de aquella existencia,—exclamó Farrabesche creyendo que era su relato lo que motivaba las lágrimas de la señora Graslin.—Las terribles precauciones adoptadas por el gobierno, la constante inquisición ejercida por los sotacomitres, la visita á los hierros tarde y mañana, los malos alimentos y los horribles trajes, nos humillan á cada paso; la molestia durante el sueño, el ruido horrible de cuatrocientas cadenas en una tabla sonora, la perspectiva de verse fusilado y ametrallado si á cinco ó seis malos sujetos les diese la idea de revolucionarse, todas estas terribles condiciones no son nada: todo esto son las rosas, como le decía hace un momento. Un hombre honrado que tuviese la desgracia de ir allí, tendría que morir de pesar en poco tiempo. ¿No hay que vivir como otro? ¿No os véis obligado á sufrir la compañía de cinco hombres durante vuestras comidas y de veintitrés durante vuestro sueño, oyendo siempre sus conversaciones? Aquella sociedad, señora, tiene sus leyes secretas; negaos á obedecerlas y seréis asesinado; pero sujetaos á ellas y seréis un asesino. ¡Es preciso ser víctima ó verdugo! Después de todo, la muerte no sería nada, pues os libertaría de la vida; pero ellos saben hacer el mal y es imposible sostener el odio de aquellos hombres, que ejercen un gran poder sobre el condenado que les desagrada, convirtiendo, si quieren, su vida en un suplicio peor que la muerte. El hombre que se arrepiente y quiere portarse bien, es el enemigo común, y empiezan por creerle un delator. La simple sospecha de delación se castiga allí con la muerte. Cada sala tiene su tribunal en donde se juzgan los crímenes cometidos con la sociedad. El no querer sujetarse á las costumbres es criminal, y en este caso el hombre queda sometido á un juicio: todos tienen que cooperar en todas las evasiones; cada condenado tiene su hora para evadirse, y á esa hora el presidio entero le debe ayuda y protección. Revelar lo que un condenado intenta en in-

terés de su evasión es un crimen. No quiero hablarle de las horribles costumbres del presidio. Los carceleros, para neutralizar las tentativas de revolución ó de evasión, aparejan siempre á hombres cuyos intereses sean contrarios, y hacen de este modo insoportable el suplicio de la cadena; ponen siempre juntos á condenados que no puedan verse, ó que desconfíen uno de otro.

—Y ¿cómo se arregló usted? —le preguntó la señora Graslin.

—¡Ah! —repuso Farrabesche,—yo he tenido suerte: nunca tuve la desgracia de que me tocase matar á ningún condenado, nunca voté la muerte de nadie, nunca fui castigado, nunca nadie me cogió ojeriza, y me llevé bien con los tres compañeros que tuve, pues los tres me amaron y me temieron á la par. Pero he de advertirle, señora, que yo ya era célebre en presidio antes de llegar. ¡Un quemador! pues yo pasaba por ser uno de esos bandidos. Es verdad que yo he visto quemar,—repuso Farrabesche,—pero nunca he querido prestarme á hacerlo ni recibí dinero del robo. Yo era un rebelde y nada más. Ayudaba á los compañeros, espíaba, me ponía de centinela ó á la retaguardia; pero nunca he vertido la sangre de ningún hombre á no ser en defensa propia. ¡Ah! yo se lo confesé todo al señor Bonnet y á mi abogado, y por eso sabían los jueces que yo no era un asesino. Sin embargo, no por eso dejo de ser un gran criminal, pues nada de lo que hacía estaba permitido por la ley. Dos compañeros míos habían hablado de mí como de hombre capaz de hacer las cosas más terribles. Mire usted, señora, en presidio no hay nada que valga tanto como esta reputación; ni aun el dinero. Para gozar de tranquilidad en aquella república de miseria, el asesinato es un pasaporte. Yo no hice nada para destruir la opinión que de mí tenían formada. Yo estaba triste y resignado; mi cara podía engañarles, y les engañó. Mi actitud sombría y mi silencio fueron considerados como signos de ferocidad. Todo el mundo, forzados, empleados, jóvenes y viejos, me ha respetado. Presidí mi sala. Nunca atormentaron misueño, ni fui tenido por delator. Me conduje honradamente cumpliendo sus leyes. Nunca me negué á prestar ningún servicio, ni me mostré disgustado por ello; en una palabra, que obré como ellos

por fuera, mientras rogaba á Dios por dentro. Mi último compañero fué un soldado de veintidós años que había robado y que había desertado á causa del robo; lo tuve cuatro años, hemos sido amigos, y cuando salga estoy seguro de que no me olvidará. Ese pobre diablo, llamado Guepin, no era ningún malvado, sino un aturdido que se enmendará con los diez años de prisión. ¡Oh! si mis compañeros hubiesen sabido que yo sufría mi condena llevado de mi religión y resignación cristiana, y que, una vez libre, pensaba vivir en un rincón, ignorado de todos, para olvidar aquella espantosa humanidad, y no encontrar nunca ninguno en mi camino, es muy fácil que me hubiesen hecho vol verme loco.

—Pero entonces, un pobre joven arrastrado por una pasión, y que, indultado de la pena de muerte...

—¡Oh! señora, nunca hay indulto completo para los asesinos, y á lo sumo, se conmuta la pena de muerte por la de veinte años de trabajos forzados. Pero para un joven que, teniendo conciencia, haya cometido un crimen por pasión, aquello es horrible; no puede usted imaginarse lo que allí le espera, vale más morir cien veces. Si, morir en el patíbulo es entonces una suerte.

—Nunca lo hubiese creído,—dijo entonces la señora Graslin.

Verónica se había puesto pálida como la muerte. Para ocultar su rostro apoyó la frente en la balastrada y permaneció allí algunos instantes. Farrabesche no sabía si marcharse ó quedarse. La señora Graslin se levantó, miró á Farrabesche con aire casi majestuoso, y, con gran asombro de éste, le dijo con voz que le conmovió el corazón:

—Gracias, amigo mío. Pero ¿cómo ha tenido usted valor para sufrir tanto? —le preguntó después de una pausa.

—¡Ah! señora, el señor Bonnet había puesto un tesoro en mi alma. Por eso le amo más de lo que he amado á nadie en el mundo.

—¿Más que á Catalina? —dijo la señora Graslin sonriéndose con una especie de amargura.

—¡Ah! señora, casi tanto.

—Y ¿cómo se las arregló para ello?

—Señora, la palabra y la voz de ese hombre me han

domado. Catalina fué la que le llevó al lugar que le enseñé el día de nuestra expedición, y fué el único que se atrevió á venir á mí: era, según me dijo, el nuevo cura de Montegnac; yo era su feligrés, me amaba y sabía que estaba solamente extraviado, pero no perdido; no quería venderme, pero sí salvarme; me dijo, en fin, cosas de esas que llegan al alma. Mire usted, señora, este hombre le ordena á uno obrar el bien con la misma fuerza con que otro os ordena que hagáis el mal. El pobre hombre me anunció que Catalina era madre y que iba á entregar dos criaturas á la vergüenza y al abandono. Pues bien,—le dije,—serán como yo, que tampoco tengo porvenir. Me respondió que, si persistía en no reformar mi vida, me esperaban dos malos porvenires: el de esta vida y el de la otra. Aquí moriría en el patíbulo. Si me cogían, mi defensa ante la justicia sería imposible. Por el contrario, si me aprovechaba de la benevolencia del nuevo gobierno para con los culpables de desertión; si me entregaba, se comprometía á salvar mi vida, y me buscaría un buen abogado que me sacaría del atolladero mediante diez años de trabajos. Después el señor Bonnet me habló de la otra vida. Catalina lloraba como una Magdalena. Mire usted, señora,—dijo Farrabesche mostrándole su mano derecha,—tenía su cara apoyada en esta mano y me la dejó completamente mojada. Me suplicó que viviese. El señor cura me prometió proporcionarme medios de vida tranquila y feliz, lo mismo á mí que á mi hijo, asegurándome que él me libraría de toda afrenta. En una palabra, me catequizó como á un niño. Después de tres visitas nocturnas, me puso suave como un guante. ¿Quiere saber por qué, señora?

Llegado á esta parte del relato, Farrabesche y la señora Graslin se miraron sin que pudiesen explicarse ellos mismos su mutua curiosidad.

—Pues bien,—repuso el pobre forzado libertado,—cuando marchó después de su primera visita, Catalina fué con él á acompañarle, y me quedé solo. Entonces sentí en mi alma una frescura, una calma, una tranquilidad como no había sentido desde mi infancia. Aquello se parecía á la dicha que experimentaba en los ratos que estaba seguro del amor de Catalina. El amor que aquel hombre me mostraba, los cuidados que se tomaba

por mí, por mi porvenir y por mi alma, me conmovieron y me calmaron. Empecé á ver con claridad. Mientras que me hablaba le resistí. ¿Qué queréis? Él era sacerdote, yo bandido, y, por lo tanto, nuestros pareceres habian de ser muy distintos. Pero cuando dejé de oír sus pasos y los de Catalina, ¡oh! como me dijo él dos días después, fui iluminado por la gracia, y Dios me concedió fuerza desde aquel momento, para soportarlo todo: la prisión, el juicio, el encadenamiento, la marcha y la vida de presidio. Creía en su palabra como en el Evangelio, y consideraba mis sufrimientos como una deuda que pagar. Cuando sufría demasiado trasladaba mi imaginación á diez años después, y veía esta casa en medio del bosque, y en ella á mi pequeño y á Catalina. El bueno del señor Bonnet ha cumplido su palabra; pero ha habido quien ha faltado. Catalina no estaba á la puerta del presidio ni en sitio alguno conocido. Debe haber muerto de pesar. Por eso estoy siempre triste. Ahora, gracias á usted, podré dedicarme á trabajos útiles, entregándome á ellos en cuerpo y alma, con mi hijo, para quien vivo...

—Ahora comprendo cómo el señor Bonnet ha podido cambiar á este pueblo.

—¡Oh! no hay nada que se le resista.

—Sí, sí, ya lo sé,—se apresuró á decir Verónica á Farrabesche, haciéndole un signo de despedida.

Farrabesche se retiró. Verónica permaneció una gran parte de la mañana paseándose á lo largo de aquella terraza, á pesar de la lluvia que duró hasta la noche. Estaba sombría. Cuando su rostro se contraía de aquel modo, ni su madre ni Alina se atrevían á interrumpirla. Al obscurecer no vió á su madre que hablaba con el señor Bonnet, el cual tuvo la idea de interrumpir aquel terrible exceso de tristeza, mandando á su hijo que fuese á buscarla. El pequeño Francisco fué á tomar la mano de su madre, y ésta se dejó conducir. Cuando vió al señor Bonnet hizo un gesto de sorpresa, mezclado de espanto. El cura la volvió á llevar á la terraza, y le dijo:

—Y bien, señora, ¿de qué hablaba usted con Farrabesche?

Para no mentir, Verónica no respondió y se limitó á preguntar al señor Bonnet:

—¿Ha sido este hombre vuestra primera victoria?

—Sí,—respondió.—Siempre creí que yo había de hacerme dueño de Montegnac, y no me he engañado.

Verónica estrechó la mano del señor Bonnet, al que dijo con voz entrecortada por las lágrimas:

—Desde hoy seré su penitenta, señor cura. Mañana iré á hacerle una confesión general.

Estas últimas palabras revelaban en aquella mujer un gran esfuerzo interior, una terrible victoria obtenida sobre sí misma. El cura la llevó sin decirle nada hacia el castillo, y le hizo compañía hasta la hora de comer, hablándole de las inmensas mejoras de Montegnac.

—La agricultura es cuestión de tiempo,—le dijo,—y los pocos conocimientos que de ella tengo, me han hecho comprender lo mucho que se puede ganar en un invierno aprovechado. Ya empiezan las lluvias, nuestras montañas no tardarán en verse cubiertas de nieve, y nuestros trabajos se harían imposibles; dé usted, pues, prisa al señor Grossetete.

Insensiblemente, el señor Bonnet, que había hablado mucho, obligó á la señora Graslin á mezclarse en la conversación y á distraerse, dejándola casi repuesta de las emociones del día. No obstante, la Sauviat encontró á su hija tan sumamente agitada, que se pasó la noche velándola.

Dos días después, un propio, enviado de Limoges á la señora Graslin por el señor Grossetete, le entregó las siguientes cartas:

«A la señora Graslin

»Mi querida hija: Aunque me fué difícil encontrar caballos, espero que estará usted contenta de los tres que le envié. Si quiere caballos de labor ó de tiro será preciso irlos á buscar á otra parte. En todo caso es preferible que haga usted las labores y los transportes con bueyes. Todos los países en que los trabajos agrícolas se hacen con caballos, pierden un capital cuando están fuera de servicio; mientras que en lugar de constituir una pérdida, los bueyes dejan provecho á los cultivadores que se sirven de ellos.

»Apruebo en un todo su empresa, hija mía: de ese

»modo podrá usted emplear esa devoradora actividad de su alma que se volvía contra usted y la consumía. Pero además de los caballos me pide que le busque un hombre capaz de secundarla y de comprenderla, y es cosa esa que no acostumbra á criarse en provincias, y, cuando se ería, no la conservamos. La educación de ese ser es una especulación que exige mucho tiempo y que es demasiado problemática para que nosotros la llevemos á cabo. Las personas que pertenecen á la categoría científica de donde quiere usted sacar su cooperador, son tan raras y tan difíciles, que no quise escribirle por no decirle lo imposible que me parece ese encuentro. Me pedía usted un poeta, ó, mejor dicho, un loco; pero nuestros locos van todos á París. Hablé de sus deseos á jóvenes empleados en el catastro, á contratistas de obras, á sobrestantes de canales, y nadie ha encontrado ventajas á lo que usted se propone. De pronto, la casualidad puso en mi camino al hombre que desea usted; un joven á quien me ha parecido oportuno comprometer para esta empresa, pues ya verá usted por su carta que el bien no debe hacerse al azar. No hay nada en este mundo que deba pensarse tanto como una buena acción. Nadie sabe si lo que nos ha parecido al principio un bien, no se convertirá más tarde en un mal. Hoy he aprendido que dispensar protección á una persona, equivale á veces á marcar su destino...»

Al leer esta frase, la señora Graslin dejó caer las cartas y permaneció pensativa durante algunos instantes.

—¡Dios mío!—se dijo.—¡Cuándo cesarás de golpearme por todos los medios!

Después recogió las cartas y continuó:

«Gerard me parece un hombre de cabeza fría y corazón ardiente, que es precisamente lo que usted desea. París está minado en este momento por doctrinas nuevas, y no me extrañaría que este joven cayese en los lazos que tienden los espíritus ambiciosos á los instintos de la generosa juventud francesa. Si no apruebo por completo la embrutecida vida de provincias, tampoco puedo aprobar aquella vida apasionada de París,

»ni aquel ardor de renovación que empuja á la juventud
 »por nuevas vías. Usted es la única que conoce mis
 »opiniones; para mí el mundo moral daba vueltas sobre
 »sí mismo, como el mundo material. Mi pobre protegido
 »pide cosas imposibles. Ningún poder resistiría á ambi-
 »ciones tan violentas y tan imperiosas y absolutas. Soy
 »partidario de la gradación para llegar á un ideal, de
 »la lentitud en política, y gusto poco de esos grandes
 »cambios sociales á que quieren someternos los gran-
 »des talentos. Le confío mi principio de anciano monár-
 »quico y constante porque es usted discreta. Aquí no
 »puedo ser franco con estas buenas gentes que, cuanto
 »más se hundén, más creen en el progreso; pero sufro
 »al contemplar los males hechos á nuestro país y que
 »yo considero irreparables.

»He respondido, pues, á ese joven diciéndole que le es-
 »peraba aquí una obra digna de él. Irá á verla á usted y
 »aunque su carta, que remito adjunta, le ha de permitir
 »juzgarle, no deje usted por eso de estudiarle en su pri-
 »mera entrevista. Ustedes, las mujeres, tienen un instin-
 »to especial para adivinar y comprender á los hombres.
 »Por otra parte, todos los hombres de quien se sirven
 »ustedes, hasta los más indiferentes, deben agradarlas,
 »para que se muestren ustedes contentas de ellos. Si no
 »le conviniere, puede usted rechazarle; pero si le convie-
 »ne, querida hija, cúrele de su ambición mal disimulada,
 »y hágale tomar afición á la vida tranquila y feliz de los
 »campos, en donde el amor al prójimo es perpetuo, en
 »donde las cualidades de las almas grandes y fuertes
 »pueden practicar continuamente sus virtudes, y en don-
 »de se descubren todos los días, en las producciones natu-
 »rales, razones para admirar al Creador, y en las mejoras
 »del terreno, que es el verdadero progreso, una ocupa-
 »ción digna del hombre. No ignoro que las grandes ideas
 »engendran las grandes acciones; pero como esta clase
 »de ideas son muy raras, opino yo que, por lo general,
 »valen más las cosas que las ideas. El que fertiliza un
 »rincón de la tierra, el que perfecciona un árbol frutal,
 »el que logra hacer brotar hierba de un terreno ingrato,
 »está muy por encima de los que buscan fórmulas para
 »la humanidad. ¿Ha influido para algo la ciencia de
 »Newton en el bienestar del habitante de los campos?

»¡Oh! querida mía, yo la amaba; pero hoy que sé la obra
 »que va usted á llevar á cabo, la adoro. Nadie en Li-
 »moges la olvida, y todo el mundo admira su gran
 »resolución de mejorar Montagnac. No desespere usted
 »de su generosa empresa y no olvide que su mayor
 »admirador es también su mayor amigo.

»F. GROSSETETE.»

Gerard á Grossetete

«Muy señor mío: Voy á hacerle tristes confidencias;
 »usted ha sido para mí un padre, cuando podía haber
 »sido únicamente un protector; y á usted únicamente, á
 »quien debo cuanto soy, puedo decirselo. Estoy atacado
 »de una cruel enfermedad, aunque es moral: nacen en
 »mi alma sentimientos y disposiciones que me hacen
 »completamente incapaz para cumplir los fines que la
 »sociedad ó el Estado desean de mí. Acaso le parezca
 »esto un acto de ingratitud, cuando es sencillamente un
 »acto de acusación. Cuando tenía doce años, usted, mi
 »generoso padrino, adivinó en el hijo de un sencillo
 »obrero una cierta aptitud para las ciencias exactas
 »y un precoz deseo de llegar á ser algo; favoreció,
 »pues, mi vuelo hacia las regiones superiores, cuando
 »mi destino primitivo era ser carpintero como mi pobre
 »padre, que no vivió bastante para gozar de mis triun-
 »fos. Indudablemente me hizo usted un bien, y no pasa
 »día que no le bendiga, de modo que mía es la culpa.
 »Pero que sea mía la culpa ó que no lo sea, lo cierto es
 »que sufro; ¿no le hago un favor confiándole mis penas?
 »¿no es esto tomarle, como á Dios, por juez supremo?
 »En todo caso confío en su indulgencia.

»Ya sabe usted que entre los diez y seis y los diez y
 »ocho años me entregué al estudio de las ciencias exac-
 »tas hasta el punto de ponerme enfermo. Mi porvenir
 »dependía de mi admisión en la Escuela politécnica. Du-
 »rante este tiempo, mis trabajos cultivaron desmesura-
 »damente mi cerebro; estuve á punto de morir, estudiaba
 »noche y día, quería ser más fuerte de lo que la natu-
 »raleza de mis órganos me lo permitía. Quería salir
 »tan airoso en mis exámenes, que mi entrada en la Es-

»cuela fuese segura, y que alcanzase un número que
 »me diese derecho á la condonación de la pensión que
 »tenía usted que pagar por mí y que yo quería evitar á
 »toda costa: ¡triunfé! Hoy me estremezco cuando pienso
 »en el espantoso reclutamiento de cerebros entregados
 »todos los años al Estado por la ambición de las familias,
 »las cuales, dedicando al adulto á tan crueles estudios
 »en la época en que aun no han terminado sus diversos
 »crecimientos, tienen que causar ignoradas desgracias,
 »matando, al calor de las lámparas de estudio, ciertas
 »preciosas facultades que, más tarde, se desarrollarían
 »grandes y fuertes. Las leyes de la naturaleza son im-
 »placables, y no ceden á las empresas ni á los esfuerzos
 »de la sociedad. Lo mismo en el orden moral que en el
 »orden material, todo abuso se paga. Los frutos que en
 »el invernadero y gracias al calor artificial se exigen
 »al árbol, se logran únicamente á costa del árbol, ó de
 »la calidad de los frutos. La Quintinia mataba los na-
 »ranjos para dar á Luis XIV un ramillete de flores to-
 »dos los días y todas las estaciones. Lo mismo ocurre
 »con las inteligencias. Los esfuerzos pedidos al cerebro
 »de los adultos se logran á costa de su porvenir. Lo que
 »le falta á nuestra época es el espíritu legislativo. Desde
 »Jesucristo, que, no habiendo publicado su código polí-
 »tico, dejó su obra incompleta, Europa no ha tenido
 »verdaderos legisladores. Por esta razón, antes de es-
 »tablecer escuelas especiales y fijar las condiciones de
 »ingreso, ¿ha habido acaso grandes pensadores que co-
 »nozcan la inmensidad de las relaciones totales de una
 »institución con las fuerzas humanas, que pesen las ven-
 »tajas y los inconvenientes y que estudien en el pasado
 »las leyes del porvenir? ¿Se han informado de la suerte
 »que ha cabido á los hombres excepcionales que cono-
 »cían las leyes humanas antes de tiempo? ¿Han calculado
 »la rareza de su número? ¿Han examinado su fin?
 »¿Han indagado los medios que emplearon para sopor-
 »tar el perpetuo abrazo del pensamiento? ¡Cuántos, como
 »Pascal, murieron prematuramente, aniquilados por la
 »ciencia! ¿Se ha averiguado la edad en que empezaron
 »sus estudios aquellos que vivieron mucho tiempo? ¿Se
 »sabe aún hoy las disposiciones interiores de los cere-
 »bros que pueden soportar el prematuro asalto de los

»conocimientos humanos? ¿Sospéchase siquiera que esta
 »es una cuestión fisiológica ante todo? Pues bien, yo
 »creo que, por regla general, el hombre debe permane-
 »cer en estado vegetativo durante su adolescencia. La
 »excepción constituida por esos hombres que gozan de
 »toda la fuerza de sus órganos en la adolescencia da
 »casi siempre por resultado la abreviación de la vida.
 »De modo que el hombre de genio que resiste el precoz
 »ejercicio de sus facultades, debe ser una excepción. Si
 »hemos de conformarnos con los hechos sociales y con las
 »prescripciones médicas, la regla establecida en Fran-
 »cia para el ingreso en las escuelas especiales es una
 »mutilación del mismo género que la de Quintinia, mu-
 »tilación de que son víctimas los ejemplares más hermo-
 »sos de cada generación. Pero prosigo é iré uniendo
 »mis sospechas á cada orden de hechos. Llegado á la
 »escuela, trabajé de nuevo y con más ardor á fin de sa-
 »lir de ella tan triunfalmente como había entrado.
 »Desde los diez y nueve á los veintiún años desarrollé,
 »pues, todas mis aptitudes y alimenté mis facultades con
 »un ejercicio constante. Estos dos años coronaron los
 »tres primeros, durante los cuales no había hecho más
 »que prepararme para estudios superiores. ¡Cuán orgu-
 »lloso estaba al ver que había conquistado el derecho
 »de elegir la carrera que más me agradase, la militar
 »ó la marítima, la artillería ó el Estado mayor, la de
 »minas ó la de puentes y calzadas! Por consejo suyo
 »escogí la de puentes y calzadas. ¡Pero cuántos sucum-
 »bieron antes de llegar adonde yo llegué triunfante!
 »Ya sabe usted que de año en año el Estado aumenta sus
 »exigencias científicas, y los estudios se hacen más fuer-
 »tes y más rudos de período en período. Los trabajos
 »preparatorios á que me había entregado no eran nada
 »en comparación con los ardientes estudios de la escuela,
 »la, que tienen por objeto imponer á los jóvenes de diez
 »y nueve á veintiún años en el conocimiento completo
 »de ciencias físicas, matemáticas, astronómicas y qui-
 »micas, con sus correspondientes nomenclaturas. El
 »Estado, que en Francia parece querer sustituir en mu-
 »chas cosas al poder paterno, carece de entrañas y de
 »paternidad; hace sus experimentos *in anima vili*. Nunca
 »ha mandado hacer la horrible estadística de las des-

»gracias que causa; hace treinta y seis años que no ha
 »indagado el número de fiebres cerebrales que se decla-
 »ran, las desesperaciones que estallan en medio de esta
 »juventud, ni las destrucciones morales que la diezman.
 »Os señalo esta parte dolorosa de la cuestión, porque
 »es uno de los males que se anticipan al resultado defi-
 »nitivo. Para algunas cabezas débiles, el resultado es
 »inmediato, en lugar de ser lejano. Ya sabe usted tam-
 »bién que los individuos cuya concepción es lenta, ó que
 »se ven momentáneamente anulados por el exceso de
 »trabajo, pueden permanecer tres años en la escuela, en
 »lugar de dos, y que aquéllos son objeto de una descon-
 »fianza poco favorable á su capacidad. En fin, yo creo
 »que aun tienen suerte aquellos alumnos que, por no
 »haber dado muestras en los exámenes de ciencia sufi-
 »ciente, salen de la escuela sin ser empleados. A estos
 »se les da el nombre de *frutos secos*, y Napoleón los nom-
 »braba segundos tenientes. Hoy el *fruto seco* constituye
 »una enorme pérdida para las familias y un tiempo per-
 »dido para el individuo. Pero, en fin, yo he triunfado. A
 »los veintiún años poseía las ciencias matemáticas, hasta
 »el punto en que las dejaron tantos hombres de genio,
 »y estaba impaciente por distinguirme continuando su
 »estudio. Este deseo es tan natural, que casi todos los
 »alumnos, cuando salen, tienen sus ojos fijos en ese sol
 »moral que se llama la gloria. El primer pensamiento
 »de todos nosotros ha sido el llegar á ser unos Newton,
 »unos Laplace ó unos Vauban. ¡Tales son los esfuerzos
 »que pide Francia á los jóvenes que salen de esta céle-
 »bre escuela!

»Veamos ahora el destino de estos hombres escogidos
 »con tanto cuidado entre los de la generación. A los
 »veintiún años se sueña con una vida llena de felicidad
 »y maravillas. Cuando entré en la escuela de puentes y
 »calzadas era alumno ingeniero. Ya recordará usted
 »con qué ardor estudié la ciencia de las construcciones.
 »Cuando salí de allí, en 1826, tenía veinticuatro años,
 »era ayudante de ingeniero y el Estado no me daba más
 »que ciento cincuenta francos al mes. El más insignifi-
 »cante tenedor de libros gana esta suma en París, tra-
 »bajando cuatro horas al día. Por una suerte inaudita,
 »sin duda á causa de la brillantez de mis estudios, en

»1828, cuando tenía veinticinco años, fui nombrado in-
 »geniero. Ya sabe usted que fui destinado á una sub-
 »prefectura con dos mil quinientos francos de sueldo.
 »La cuestión de dinero no es nada. Seguramente que
 »mi posición es más brillante que lo hubiera sido la del
 »hijo de un carpintero; pero ¿cuál es el hortera que,
 »habiendo entrado de dependiente en una casa á los
 »diez y seis años, no estaría á los veintiséis muy pró-
 »ximo á crearse una posición independiente? Entonces
 »llegué á saber el objeto que tenían aquellos terribles
 »desarrollos de inteligencia y aquellos gigantescos es-
 »fuerzos pedidos por el Estado. Este me obliga á medir
 »terrenos y á llevar la cuenta de los montones de grava
 »de las carreteras. He tenido que construir y reparar
 »glacis, puentecitos, hacer acotamientos y cerrar ó
 »abrir fosos. En la oficina todo se reduce á tener que
 »hacer de cuando en cuando algún informe sobre la
 »plantación ó derribo de arbolado. Tales son, en efecto,
 »las principales y casi las únicas ocupaciones de los in-
 »genieros, á las cuales hay que añadir algunas opera-
 »ciones de nivelamiento que nos obligan á hacer á nos-
 »otros mismos detiempo en tiempo, y que el más torpe de
 »nuestros sobrestantes, con la experiencia únicamente,
 »lo haría mucho mejor que nosotros, á pesar de nuestra
 »ciencia. Somos cerca de cuatrocientos ingenieros ó
 »ayudantes de ingenieros, y como no hay más que cien
 »ingenieros en jefe, no todos los ingenieros pueden al-
 »canzar aquel grado superior; además, encima de los
 »ingenieros en jefe, no existe clase absorbente, pues no
 »hay que contar como medios de absorción las doce ó
 »quince plazas de inspectores generales ó divisionarios,
 »plazas que son tan inútiles en nuestro cuerpo como las
 »de los coroneles en artillería, en donde la batería es la
 »unidad. El ingeniero, lo mismo que el capitán de arti-
 »llería, conoce toda la ciencia, y no debía tener, por lo
 »tanto, más que un jefe de administración que uniese
 »los ochenta ingenieros al Estado; pues un solo inge-
 »niero, ayudado por dos aspirantes, basta para un de-
 »partamento. La jerarquía en estos cuerpos da por
 »único resultado la subordinación de capacidades acti-
 »vas á antiguas capacidades extinguidas ya, y que, cre-
 »yendo obrar bien, alteran ó desnaturalizan general-

»mente los proyectos que se les someten; pues tal
 »parece ser la única influencia que ejerce en los trabajos
 »públicos el consejo general de puentes y calzadas de
 »Francia. Sin embargo, supongamos que entre los
 »treinta y cuarenta años llegue á ser ingeniero de pri-
 »mera clase, é ingeniero jefe antes de los cincuenta.
 »¡Ay de mí! mi porvenir se ofrece claro á mis ojos.
 »Mi ingeniero jefe tiene sesenta años, ha salido airo-
 »so, como yo, de aquella famosa escuela; ha encane-
 »cido en dos departamentos haciendo lo mismo que yo
 »hago, se ha convertido en el hombre más ordinario
 »que nadie puede imaginarse, ha caído desde toda la
 »altura que se habla elevado; más aún, no está al nivel
 »de la ciencia, la ciencia ha seguido adelante y él ha
 »permanecido estacionado; ¡mucho más aún! ¡hasta ha
 »olvidado lo que sabía! El hombre que á los veintidós
 »años daba muestras de un talento superior, no tiene
 »hoy más que el nombre adornado con la apariencia.
 »Habiendo consistido su educación en el conocimiento
 »único de las ciencias exactas y de las matemáticas, ha
 »abandonado todos los demás conocimientos; de modo
 »que no podría usted imaginarse hasta qué punto es nulo
 »é ignorante en las demás ramas de los conocimientos
 »humanos. El cálculo le ha secado el corazón y el cere-
 »bro. Sólo á usted me atrevo á confiar el secreto de su
 »ignorancia, cubierta y amparada por el nombre de la
 »Escuela politécnica. Con esta fama de alumno de esta
 »escuela y dada la aureola de ciencia que á todos nos
 »rodea, nadie se atreve á dudar. A usted únicamente le
 »confío que la falta de talento le ha llevado á gastar un
 »millón en una sola obra, en lugar de doscientos mil
 »francos. Quise protestar y notificar el despilfarro al
 »prefecto; pero un ingeniero amigo mío me citó á un
 »compañero nuestro que pasó á ser el caballo blanco
 »de la administración por un hecho de este género.
 »¿Te gustaría á ti, cuando fueses ingeniero, que tus
 »subordinados te descubriesen tus errores?—me dijo.—
 »Tu ingeniero jefe llegará á ser inspector divisionario.
 »Cuando uno de los nuestros comete una torpeza, la ad-
 »ministración, que nunca tiene la culpa de nada, le
 »retira del servicio activo nombrándole inspector.» De
 »este modo es como la recompensa debida al talento

»recae sobre la nulidad. En el centro de París, Francia
 »entera vió el desastre del primer puente colgante que
 »quiso levantar un ingeniero, miembro de la Academia
 »de ciencias, triste caída que fué causada por faltas
 »que ni el constructor del canal de Briare, en tiempo de
 »Enrique IV, ni el monje que construyó el puente Real,
 »hubiesen hecho, y que, sin embargo, perdonó la ad-
 »ministración nombrando á este ingeniero miembro del
 »consejo general. Según eso, ¿serán las escuelas espe-
 »ciales fábricas de gente incapaz? Este punto exige
 »largas observaciones. Lo que es para mí indudable es
 »que se impone una reforma, al menos en el modo de
 »proceder, pues no me atrevo á dudar de la utilidad de
 »las escuelas. Mirando al pasado, ¿no vemos que Fran-
 »cia no ha carecido nunca de los talentos necesarios al
 »Estado, talentos que desearía hacer brotar hoy, si-
 »guiendo el procedimiento de Monge? (1). ¿Salió Vau-
 »ban de ninguna escuela que no fuese la llamada Es-
 »cuela de la *vocación*? ¿Quién fué el preceptor de Riquet?
 »Cuando los genios brotan de ese modo de la masa
 »social, empujados por la vocación, son casi siempre
 »completos, y entonces el hombre no es solamente es-
 »pecial, sino que tiene el dón de la universalidad. Yo no
 »creo que un ingeniero salido de la escuela pueda
 »construir nunca uno de esos milagros de arquitectura
 »que sabía levantar Leonardo de Vinci, que era á la
 »vez mecánico, arquitecto, pintor, uno de los inventores
 »de la hidráulica y un infatigable constructor de cana-
 »les. Amoldados desde la más tierna edad á la sencillez
 »absoluta de los teoremas, los alumnos salidos de la
 »escuela pierden el sentido de la elegancia y del adorno.
 »Una columna les parece inútil, y vuelven al punto
 »en que principia el arte, ateniéndose únicamente á
 »lo útil. ¡Pero todo esto no es nada en comparación de
 »la enfermedad que me mina! Siento operarse en mí
 »una terrible metamorfosis; siento perecer mis fuerzas
 »y mis facultades que, desmesuradamente tendidas, se
 »van desvaneciendo. Me dejo vencer por el prosaísmo

(1) Gaspar Monge fué un célebre matemático francés y uno de los fundadores de la Escuela politécnica. Nació en 1746 y murió en 1818.—(N. del T.)

»de mi vida. Yo, que por la naturaleza de mis esfuer-
 »zos me veía destinado á grandes cosas, me encuentro
 »enfrente de las más pequeñas, viéndome obligado á
 »medir grava y á visitar carreteras. No tengo dos ho-
 »ras diarias de quehacer. Veo que mis colegas se casan,
 »y caen en una situación contraria al espíritu de la
 »sociedad moderna. Yo quisiera ser útil á mi país. ¿Es
 »esto ser víctima de una ambición desmedida? El país
 »me ha pedido esfuerzos supremos, me ha mandado que
 »me convirtiese en un representante de todas las cien-
 »cias, y yo me cruzo de brazos en el fondo de una pro-
 »vincia. Para ensayar proyectos útiles no me permite
 »salir de la localidad á que estoy circunscrito. Un dis-
 »favor oculto y real es la recompensa señalada á aquel
 »de nosotros que, cediendo á sus inspiraciones, traspase
 »los límites exigidos por el servicio especial á que está
 »destinado. En este caso, el favor que debe esperar un
 »hombre superior, es el olvido de su talento, de sus as-
 »piraciones, y el entierro de su proyecto en las carpetas
 »de la dirección. ¿Cuál sería la recompensa concedida
 »á Vicat, único de los nuestros que hizo dar un paso al
 »progreso real en la ciencia práctica de las construc-
 »ciones? El consejo general de puentes y calzadas, com-
 »puesto en su mayor parte por gente fatigada por lar-
 »gos y á veces honrosos servicios, pero que sólo tiene
 »fuerza para la negación, y que desechan lo que no
 »comprenden, es el apagador de que se sirven para
 »anonadar los proyectos de las almas audaces. Este con-
 »sejo parece haber sido creado para paralizar los bra-
 »zos de esta hermosa juventud francesa que sólo desea
 »trabajar y servir á Francia. Ocurren en París mons-
 »truosidades: el porvenir de una provincia depende del
 »visto bueno de esos centralizadores que, echando mano
 »de intrigas que no tengo tiempo á contarle, detienen la
 »ejecución de los mejores planes, pues los mejores son,
 »en efecto, aquellos que más se oponen á la avidez de
 »las compañías ó de los especuladores y que chocan ó
 »atacan el abuso; pero, por desgracia, el abuso es siem-
 »pre en Francia más fuerte que la mejora. Cinco años
 »más, y ya no seré lo que soy, verá extinguirse mi am-
 »bición y mi noble deseo de emplear las facultades que
 »mi país me ha mandado desplegar y que se enmohe-

»cerán en el rincón obscuro en que vivo. Haciendo los
 »cálculos más halagüeños, mi porvenir me parece poca
 »cosa. Me he aprovechado de una licencia para ir á Pa-
 »ris; quiero cambiar de carrera y buscar ocasión de
 »emplear mi energía, mis conocimientos y mi actividad.
 »Presentaré mi dimisión, y pienso marcharme á algún
 »país en que escaseen los hombres de mi carrera y en
 »que puedan llevarse á cabo grandes obras. Si esto no
 »fuese posible, me afiliaré á uno de esos nuevos parti-
 »dos que están llamados á efectuar grandes cambios en
 »el orden social actual, dirigiendo mejor á los trabaja-
 »dores. ¿Qué somos nosotros sino trabajadores sin tra-
 »bajo, herramientas arrojadas en un almacén? Estamos
 »organizados como para remover el globo, y no tenemos
 »nada que hacer. Siento en mí algo grande que se ami-
 »nora, que va á perecer, y se lo manifiesto á usted con
 »franqueza matemática. Antes de cambiar de posición
 »quisiera oír su opinión, toda vez que me considero
 »como hijo suyo y no he de dar nunca paso impor-
 »tante sin sometérselo antes, pues sé que su expe-
 »riencia iguala á su bondad. Ya sé que el Estado,
 »después de haber obtenido estos hombres especiales,
 »no puede inventar expresamente para ellos monu-
 »mentos que erigir, ni ha de tener tampoco trescientos
 »puentes anuales para construir, como tampoco puede
 »declarar la guerra á otra nación, para dar lugar con
 »ello á que los militares ganen grandes batallas y á
 »que surjan grandes capitanes; pero cuando hay mucho
 »para gastar en obras, nunca deja de presentarse un
 »hombre de genio, que brota de entre la multitud, de-
 »mostrando mejor que nada la inutilidad de esta insti-
 »tución. Después de todo, cuando se ha estimulado á un
 »hombre y se le ha hecho concebir grandes esperanzas
 »de su trabajo, ¿cómo no comprender que ha de hacer
 »mil esfuerzos antes de dejarse anular? ¿Es esta buena
 »política? ¿No equivale esto á alimentar ardientes am-
 »biciones? ¿Se les ha de pedir á todos estos ardientes ce-
 »rebros que sepan calcularlo todo, menos su porvenir?
 »Entre estos seiscientos jóvenes existen excepciones,
 »hombres fuertes que se resisten á ser objeto de demé-
 »rito, y yo conozco algunos; pero si se pudiesen contar
 »sus luchas con los hombres y las cosas, cuando, arma-

»dos de proyectos útiles y de concepciones que han de
 »engendrar vida y riquezas en las provincias inertes,
 »encuentran obstáculos allí donde el Estado le ha hecho
 »concebir la esperanza de encontrar ayuda y protec-
 »ción, se consideraría al hombre poderoso, al hombre
 »de talento, al hombre cuya naturaleza es un milagro,
 »como más desgraciado y más digno de lástima que al
 »hombre cuya naturaleza depravada se presta al ami-
 »noramiento de sus facultades. Por esta razón prefiero
 »dirigir una empresa industrial ó comercial, y vivir con
 »poco, procurando resolver algunos de los numerosos
 »problemas que echan de menos la industria y la socie-
 »dad, que permanecer en el puesto en que estoy. Me dirá
 »usted que nadie me impide ocupar mis fuerzas intelec-
 »tuales, buscando en este puesto y en el silencio de esta
 »vida mediocre la resolución de algún problema útil á
 »la sociedad. ¡Ay de mí! si tal dice usted, es porque no
 »conoce la influencia de la provincia y la acción dege-
 »neradora de una vida ocupada en trabajos casi fútiles,
 »y que, sin embargo, no os dejan el tiempo necesario
 »para aprovechar los ricos medios que nuestra educa-
 »ción nos proporciona. No me crea usted, mi querido
 »protector, devorado por el deseo de hacer fortuna, ni
 »por el insensato afán de gloria. Soy demasiado calcu-
 »lador para ignorar el poco valor de esta última. La
 »actividad necesaria para esta vida me hace mirar con
 »temor el matrimonio, pues, viendo mi destino actual,
 »no me considero bastante para arrastrar en mi triste
 »existencia á una compañera. Aunque el dinero es,
 »y yo lo considero así, el mejor medio de que dis-
 »pone el hombre para obrar, después de todo, no
 »es más que un medio. Mi placer sería tener la se-
 »guridad de ser útil á mi país. Mi mayor goce sería
 »obrar en una esfera conveniente á mis facultades.
 »Si en el círculo de sus relaciones ó de sus conoci-
 »mientos, si en la esfera que frecuenta oyese hablar
 »de alguna empresa que exigiese alguno de los co-
 »nocimientos que sabe usted que poseo, dígamelo;
 »esperaré seis meses su respuesta. Señor, esto que yo
 »digo aquí lo piensan muchos como yo. Conozco mu-
 »chos compañeros y antiguos condiscipulos, que á costa
 »de muchos trabajos han logrado hacer una carrera es-

»pecial, ingenieros geógrafos, profesores, militares, que
 »se ven estacionados y sin medios de llevar á la práctica
 »sus grandes conocimientos. En una palabra: que en
 »varias conversaciones hemos tratado de la posterga-
 »ción de que éramos víctimas, y de la que llega uno á
 »darse cuenta, la mayor parte de las veces, cuando el
 »animal está acostumbrado á la máquina que arrastra,
 »cuando el enfermo está acostumbrado á su enferme-
 »dad. Examinando bien estos tristes resultados, me he
 »planteado estos problemas y se los comunico á usted,
 »hombre de sentido y capaz de meditaciones madura-
 »mente, sabiendo que son fruto de meditaciones purifi-
 »cadas con el fuego de los sentimientos. ¿Qué objeto se
 »propone el Estado? ¿Quiere obtener hombres capaces?
 »Los medios empleados van directamente contra el fin,
 »y sólo ha creado las honradas medianías que un go-
 »bierno enemigo de los talentos superiores pudiera de-
 »sear. ¿Quiere dar una carrera á inteligencias escogi-
 »das? Sí; pero reduciéndoles á la condición más mediocre,
 »tanto, que no hay hombre salido de la escuela que no
 »se lamente, entre los cincuenta y sesenta años, de haber
 »caído en el lazo que ocultan las promesas del Estado.
 »¿Quiere obtener hombres de genio? ¿Qué talentos han
 »dado las escuelas desde 1790? Cachin, el hombre de ge-
 »nio á quien se debe el Cherbourg, ¿hubiese existido sin
 »Napoleón? No, el despotismo imperial supo distin-
 »guirle; el régimen constitucional le hubiese ahogado.
 »¿Cuenta la Academia de ciencias con muchos hombres
 »salidos de las escuelas especiales? ¡Acaso existan dos
 »ó tres no más! En las ciencias que se estudian en las
 »escuelas, el genio sólo obedece á sus propias leyes, y
 »sólo se desarrolla en circunstancias excepcionales, en
 »las que el hombre no puede influir. Estas circunstan-
 »cias no las conocen ni el Estado ni la Antropología,
 »que es la ciencia del hombre. Riquet, Perronet, Leo-
 »nardo de Vinci, Cachin, Pelladio, Brunelleschi, Miguel
 »Ángel, Bramante, Vauban y Vicat, debieron su ge-
 »nio á cosas inobservadas y preparatorias, á las que
 »nosotros damos el nombre de casualidad, que es la
 »gran palabra de que echan mano todos los tontos. Ni
 »con escuelas, ni sin ellas, jamás carecieron los siglos
 »de estos sublimes obreros. ¿Es que el Estado obtiene

»ahora con esta organización obras mejor hechas y más
 »baratas? No; las empresas particulares pasan perfec-
 »tamente sin ingenieros, y los trabajos de nuestro go-
 »bierno son los más dispendiosos. En otros países, en
 »Alemania, en Inglaterra, en Italia, en donde no se co-
 »nocen estas instituciones, los trabajos análogos están
 »mejor hechos y salen más baratos. Estos tres países
 »se hacen notables por sus útiles y nuevas invencio-
 »nes en este género. Ya sé que se ha dado en decir,
 »hablando de nuestras escuelas, que la Europa nos las
 »envidia; pero yo veo que hace ya quince años que Eu-
 »ropa nos observa, y, sin embargo, no ha creado nin-
 »guna análoga. Inglaterra, esa hábil calculadora, tiene
 »escuelas mejores para la población obrera, de donde
 »salen hombres prácticos que crecen en un momento
 »cuando se elevan de la práctica á la teoría. Stephenson
 »y Mac-Adam no salieron de nuestras famosas escuelas.
 »Pero ¿cómo han de salir? Cuando jóvenes y hábiles in-
 »genieros, salidos de ellas y llenos de fe y de ardor, re-
 »solvieron, al estrenarse en su carrera, el problema del
 »sostenimiento de las carreteras de Francia, que exi-
 »gen centenares de millones cada cuarto de siglo, y que
 »están en un estado lastimoso, en vano publicaron mag-
 »níficas obras y memorias; todo quedó sepultado en la
 »dirección general, en ese centro parisiense en donde
 »entra todo y no sale nada, en donde los ancianos se
 »celan de los jóvenes, y en donde los puestos elevados
 »sirven de retiro al anciano ingeniero que se extravía.
 »De este modo es como, con un cuerpo facultivo exten-
 »dido por toda Francia y que compone una de las ruedas
 »de la administración, que debía dirigir el país é ilu-
 »minarle en las grandes cuestiones de su ministerio,
 »ocurrirá que estaremos discutiendo aún los caminos
 »de hierro cuando los demás países habrán acabado
 »ya los suyos. Pero si en algo debía de mostrar Fran-
 »cia la excelencia de la institución de las escuelas es-
 »peciales, ¿no tenía que ser en esa magnífica fase de los
 »trabajos públicos, destinada á cambiar la faz de los
 »Estados y á multiplicar la vida humana, modificando
 »las leyes del espacio y del tiempo? Bélgica, los Estados
 »Unidos, América, Inglaterra, que no tienen escuelas
 »politécnicas, tendrán ya grandes ramales de caminos

»de hierro, cuando nuestros ingenieros estarán aun
 »trazando los nuestros, y cuando los asquerosos intere-
 »ses, ocultos detrás de los proyectos detengan su ejecu-
 »ción. En Francia no se coloca una piedra sin que diez
 »empleados parisienses hayan emitido antes sus estúpi-
 »dos é inútiles informes. Por esta razón, ocurre que el
 »Estado no saca partido alguno de las escuelas espe-
 »ciales; y respecto á los alumnos de éstas, su fortuna es
 »mediocre, y su vida una cruel decepción. Es indudable
 »que con el trabajo que el alumno ha desplegado desde
 »los diez y seis á los veintiséis años, hubiese tenido una
 »existencia más grande y más rica que la que el go-
 »bierno le ha dêparado. Comerciante, sabio, militar,
 »este hombre excepcional hubiese obrado en una vasta
 »esfera, si sus preciosas facultades y su ardor no hubie-
 »sen sido estúpida y prematuramente enervados. ¿Dón-
 »de está, pues, el progreso? Lo mismo el Estado que
 »el alumno salen perdiendo con el sistema actual. ¿La
 »experiencia del mismo siglo no reclama cambios radi-
 »cales en la organización de la institución? Los encar-
 »gados de escoger entre toda una generación los hom-
 »bres destinados á ser la parte sabia de la nación, ejer-
 »cen un verdadero sacerdocio. ¿Qué estudios no deben
 »hacer estos grandes jueces del porvenir? Más que los
 »conocimientos matemáticos, necesitan los conociemien-
 »tos fisiológicos. ¿No le parece á usted que debe tenerse
 »muy en cuenta este segundo estudio, que viene á ser
 »la magia con que se forman los grandes hombres? Los
 »examinadores son antiguos profesores, encanecidos en
 »el trabajo, y cuya misión se limita á buscar las mejores
 »memorias: ellos no pueden hacer nada más que lo que
 »les mandan. No crea usted, señor y amigo mío, que mi
 »crítica se dirige únicamente á la escuela de que he sa-
 »lido, no ataca solamente á la institución en sí misma,
 »sino que, además, y sobre todo, al modo empleado para
 »alimentarla. Este medio es el del *concurso*, invención
 »moderna, esencialmente mala, y mala no sólo en la
 »ciencia, sino en donde quiera que se emplee, en las
 »artes y en la elección de hombres, de proyectos ó de
 »cosas. Si es vergonzoso que nuestras célebres escue-
 »las no hayan dado más talentos superiores que las
 »que da cualquiera otra reunión de gentes, es más ver-

»gonzoso aún que los primeros grandes premios del
 »Instituto no hayan dado ni un gran pintor, ni un
 »gran músico, ni un gran arquitecto, ni un gran escul-
 »tor. Una cosa análoga ocurre con la elección, que
 »desde hace veinte años está establecida, y no ha lle-
 »vado al poder ningún hombre de Estado. En mis ob-
 »servaciones achaco todo esto á un error que vicia la
 »educación y la política en Francia. Este cruel error
 »descansa en el principio siguiente que ha sido desco-
 »nocido por los organizadores:

»*Nada, ni en la experiencia ni en la naturaleza de las
 »cosas, puede dar la seguridad de que las cualidades in-
 »telectuales del adulto han de ser las mismas que las del
 »hombre hecho.*

»En este momento estoy en relaciones con algunos
 »hombres distinguidos que se han ocupado de todas las
 »enfermedades morales que devoran á Francia. Han re-
 »conocido, como yo, que la segunda enseñanza fabrica
 »capacidades pasajeras, porque quedan sin empleo ni
 »porvenir; y que las luces extendidas por la instrucción
 »primaria no dan provechó alguno al Estado, porque
 »están desprovistas de ciencia y de sentimiento. Todo
 »nuestro sistema de instrucción pública exige una gran
 »reforma, que debe ser presidida por un hombre de pro-
 »fundo saber, de gran voluntad, y dotado de ese genio
 »legislativo que en nuestros días sólo se ha visto en
 »Juan Jacobo Rousseau. El exceso de hombres dedica-
 »dos á especialidades debía emplearse en la enseñanza
 »elemental, tan necesaria á los pueblos. Carecemos del
 »número suficiente de pacientes y abnegados maestros
 »para manejar á las masas. La deplorable cantidad de
 »delitos y de crímenes acusa una llaga social cuya
 »causa es esa media instrucción dada al pueblo, que
 »tiende á destruir los lazos sociales haciéndole lo bas-
 »tante instruido para que abandone las creencias reli-
 »giosas favorables al poder, y dándole poca base para
 »que pueda elevarse á la teoría de la ciencia y del de-
 »ber, que es el último término de la filosofía. Para mí es
 »imposible obligar á toda una nación á que estudie á
 »Kant; para los pueblos, la creencia y el hábito valen más
 »que el estudio y el razonamiento. Si yo tuviese que em-
 »pezar de nuevo mi vida, es muy fácil que entrase en un

»seminario ó que quisiese ser sencillo cura de aldea ó
 »maestro de pueblo. He avanzado demasiado para ser
 »sencillo maestro de instrucción primaria; y por otra
 »parte, puedo obrar en esferas más extensas que las de
 »una escuela ó de un curato. Los sansimonianos, á quie-
 »nes he estado tentado de afiliarme, van á emprender
 »una ruta por la que me sería difícil seguirles; pero, á
 »pesar de sus errores, es indudable que han tocado va-
 »rios puntos dolorosos, parto de nuestra legislación, que
 »sólo serán remediados con paliativos insuficientes, y
 »que no harán más que aplazar una crisis moral y po-
 »lítica en Francia. Adiós, mi querido señor; y á pesar de
 »estas observaciones, tenga la seguridad de mi respec-
 »tuosa adhesión y agradecimiento, que ha de ir siempre
 »aumentando.

»GREGORIO GERARD.»

Siguiendo su antigua costumbre de banquero, Grosse-
 tete había minutado al respaldo de esta carta la si-
 guiente respuesta, encabezándola con la palabra sacra-
 mental: *Contestada.*

»Mi querido Gerard: Es tanto más inútil discutir las
 »observaciones contenidas en su carta, por cuanto que,
 »por una feliz casualidad (me sirvo de la palabra de
 »los tontos), tengo que hacerle una proposición que ha
 »de sacarle de la situación en que tan mal se encuen-
 »tra. La señora Graslin, propietaria de los bosques
 »de Montegnac y de una meseta muy ingrata que se
 »extiende en la falda de la larga cordillera de colinas
 »en que está situado el bosque, tiene el proyecto de sa-
 »car partido de este inmenso dominio, explotando sus
 »bosques y cultivando sus pedregosas llanuras. Para
 »llevar á la práctica su proyecto necesita un hombre
 »de su ciencia y de su ardor, y que tenga á la par
 »su abnegación desinteresada y sus ideas de utilidad
 »práctica. ¡Poco dinero y grandes trabajos! ¡Un resul-
 »tado inmenso obtenido con escasos medios! ¡La trans-
 »formación completa de un país! Hacer brotar la abun-
 »dancia en un lugar desnudo y estéril, ¿no es lo que
 »desea usted, que quiere construir un poema? Juz-
 »gando por el tono de sinceridad que reina en su carta,

»me atrevo á decirle que venga á verme á Limoges; pero no presente usted la dimisión, pida únicamente la excedencia, explicando al gobierno sus propósitos de estudiar cuestiones de su ministerio, ajenas á los trabajos del Estado. De este modo no perderá sus derechos, y tendrá tiempo para juzgar si la empresa concebida por el cura de Montegnac, y acariciada por la señora Graslin, es ó no practicable. Le explicaré de palabra las ventajas que esto le proporcionará, en el caso de que los proyectados cambios sean posibles. Cuento usted siempre con la amistad de su afectísimo,

»GROSSETETE.»

La señora Graslin sólo respondió á Grossetete estas pocas palabras: «Gracias, amigo mío, espero á su protegido.» Y enseñó la carta del ingeniero al señor Bonnet, diciéndole:

—Un herido más que pide entrada en el gran hospital.

El cura leyó la carta dos veces, dió dos ó tres vueltas en silencio por la terraza, y se la devolvió á la señora Graslin, diciéndole:

—Es un alma hermosa y un hombre superior. Dice que las escuelas inventadas por el genio revolucionario fabrican incapacitados; yo las llamo fábricas de incrédulos, pues si el señor Gerard no es ateo, es, por lo menos, protestante...

—Lo preguntaremos,—contestó ella, asustada ante aquella respuesta.

Quince días después, en el mes de diciembre, á pesar del frío, el señor Grossetete fué al castillo de Montegnac para presentar en él á su protegido, á quien Verónica y el cura Bonnet esperaban con impaciencia.

—Hija mía,—dijo el anciano tomando las dos manos de Verónica entre las suyas, y besándoselas con aquella galantería de los ancianos que no ofende nunca á las mujeres,—es preciso quererla á usted mucho para haber dejado Limoges con semejante tiempo; pero quería presentarle por mí mismo al señor Gregorio Gerard, que ve usted aquí. Es un hombre con quien simpatizará usted, señor cura Bonnet,—dijo el antiguo banquero saludando afectuosamente al cura.

El exterior de Gerard era poco agradable. De mediana estatura, ancho de espaldas, corto de cuello, tenía los cabellos de color de oro, los ojos encarnados de los albinos, y las cejas y las pestañas casi blancas. Aunque su tez era blanca como la de casi todos los rubios de esta especie, las marcas de la viruela le habían quitado su brillo primitivo, y el estudio le había alterado, sin duda, la vista, pues llevaba lentes. Cuando se quitó su gran capa, se observó que el traje que llevaba no favorecía en nada su desgraciado exterior. La manera como llevaba puesto y abrochado el traje, su corbata deshecha y su camisa arrugada daban muestra de esa falta de cuidado de sí mismos que se achaca á todos los hombres de ciencia, gente más ó menos distraída. Como en casi todos los grandes pensadores, su porte y su actitud, el desarrollo del busto y la delgadez de las piernas, anunciaban una especie de agobiamiento corporal, producido por las continuas meditaciones; pero el poder del corazón y el ardor de la inteligencia, cuyas pruebas brillaban en su carta, se reflejaban en su frente, que parecía haber sido tallada en mármol de Carrara. La naturaleza parecía haberse reservado aquel lugar para poner allí el sello evidente de la grandeza, de la constancia y de la bondad de aquel hombre. La nariz, como la de todos los hombres descendientes de los galos, era aplastada. La boca, cerrada y derecha, indicaba una discreción absoluta; pero todo el conjunto, fatigado por el estudio, había envejecido antes de tiempo.

—Caballero, tenemos que anticiparle ya las gracias por haberse prestado á dirigir trabajos en un país que no tiene más atractivo que la satisfacción de saber que se puede hacer el bien,—dijo la señora Graslin al ingeniero.

—Señora, el señor Grossetete me ha hablado bastante de usted mientras veníamos por el camino para que no me considere feliz si puedo serle útil, ya que la perspectiva de vivir al lado de usted y del señor Bonnet me encanta,—le respondió.—A no ser que me arrojen del país, pienso acabar en él mis días.

—Procuraremos hacer lo posible para que no cambie usted de opinión,—dijo sonriendo la señora Graslin.

—Aquí tiene usted,—dijo Grossetete llamando aparte

á Verónica,—los papeles que el fiscal me ha remitido; le ha extrañado mucho que no se haya dirigido usted á él. Todo lo que ha pedido usted se ha hecho con rapidez y con gusto. En primer lugar, su protegido será restablecido en sus derechos de ciudadano, y dentro de tres meses llegará Catalina Curieux.

—¿En dónde está?—preguntó Verónica.

—En el hospital de San Luis,—respondió el anciano.—Se espera su curación, y saldrá de París tan pronto como se logre.

—¡Ah! ¡está enferma la pobre!

—Aquí encontrará usted todos los informes deseados,—dijo Grossetete entregándole á Verónica un paquete.

La señora Graslin se volvió inmediatamente hacia sus huéspedes para conducirlos al magnífico comedor del piso bajo, cosa que hizo cogida del brazo de Grossetete y de Gerard. Sirvió ella misma la comida, aunque sin tomar parte en ella. Desde su llegada á Montegnac se había puesto la ley de no comer nunca en compañía de nadie, y Alina, que conocía el secreto de aquella reserva, lo guardó religiosamente hasta el día en que su ama estuvo en peligro de muerte.

Como era natural, el alcalde, el juez de paz y el médico de Montegnac estaban invitados.

El médico, joven de veintisiete años, llamado Roubaud, deseaba vivamente conocer á la célebre mujer del Límosin. El cura se consideró tanto más feliz introduciendo á este joven en el castillo, cuanto que deseaba procurar á Verónica una especie de sociedad, á fin de distraerla y de dar alimento á su espíritu. Roubaud era uno de esos jóvenes médicos instruidos, como salen actualmente de la escuela de medicina de París, y que indudablemente hubiera podido brillar en el vasto teatro de la capital; pero asustado con el fuego de las ambiciones de París, comprendiendo que entendía más de otra cosa que de intriga y que poseía más aptitud que avidez, su carácter afable le había llevado al estrecho teatro de provincias, en donde esperaba que habian de apreciar sus cualidades antes que en París. En Limoges, Roubaud chocó con costumbres inalterables y con clientelas inatacables; dejóse, pues, arrastrar por el señor Bonnet, que, por su agradable y dulce fiso-

nomía, lo juzgó como uno de aquellos que habian de pertenecerle y cooperar en su obra. Pequeño y rubio, Roubaud tenía una cara bastante insípida; pero sus ojos grises reflejaban la profundidad del fisiólogo y la tenacidad de la gente estudiosa. Montegnac no poseía más que un antiguo cirujano de regimiento que se ocupaba mucho más de su bodega que de sus enfermos, y que, por otra parte, era demasiado viejo para ejercer el duro oficio de médico de aldea. En esta época precisamente murió. Roubaud habitaba en Montegnac hacia ya diez y ocho meses, y se hacía querer por todo el mundo. Pero este joven, discípulo de los Desplein y de los sucesores de Cabanis, no creía en el catolicismo. En materia de religión permanecía en una indiferencia mortal y no quería salir de ella. Por esta razón se desesperaba con él el cura, no porque hiciese el menor mal, ni porque hablase nunca de religión, pues sus ocupaciones justificaban su ausencia constante de la iglesia, y, por otra parte, incapaz para ejercer el proselitismo, se conducía como podía conducirse el mejor católico, sino porque se negaba á oír hablar de un problema que consideraba fuera del alcance del hombre. Cuando oía decir al médico que el panteísmo era la religión de todas las grandes almas, el cura le creía inclinado hacia los dogmas de Pitágoras sobre las transformaciones. Roubaud, que no conocía á la señora Graslin, experimentó al verla una violenta sensación; la ciencia le hizo adivinar en su fisonomía, en su actitud y en las demostraciones de su rostro inauditos sufrimientos morales y físicos, un carácter de una fuerza sobrehumana y las grandes facultades que sirven para soportar las vicisitudes más opuestas; lo entrevió todo, hasta los espacios oscuros y tapados á intento. Vió también el mal que devoraba el corazón de aquella hermosa criatura; pues lo mismo que el color de una fruta da á conocer la presencia de un gusano, ciertos tintes del rostro permiten adivinar á los médicos la existencia de un pensamiento venenoso. Desde este momento, el señor Roubaud sintió tan viva simpatía por la señora Graslin, que temió amarla más de lo que permitían los límites de la amistad. La frente, el andar y, sobre todo, las miradas de Verónica tenían una elo-

cuencia que los hombres comprenden siempre, y que decía que estaba muerta para el amor de una manera tan enérgica, como otras mujeres dicen lo contrario con contraria elocuencia; el médico le rindió de pronto un culto caballeresco. Cambió rápidamente una mirada con el cura. El señor Bonnet se dijo entonces á sí mismo:

—Este será el rayo que hará cambiar á este pobre incrédulo. La señora Graslin será más elocuente que yo.

El alcalde, viejo aldeano embobado con el lujo de aquel comedor, y orgulloso al saber que iba á comer con uno de los hombres más ricos del departamento, se había puesto su mejor ropa; pero se encontraba allí un poco cortado, y su cortedad moral aumentó cuando vió á la señora Graslin, que le pareció imponente, y lo convirtió en un personaje mudo. Antiguo cortijero de Saint-Leonard, había comprado la antigua casa habitable en la aldea, y cultivaba por sí propio las tierras que dependían de ella. Aunque sabía leer y escribir, no hubiese podido llenar sus funciones sin el auxilio del alguacil del juzgado de paz, que se lo preparaba todo. Por eso deseaba vivamente la creación de una notaría, para desembarazarse del fardo de sus funciones. Pero la pobreza del ayuntamiento de Montegnac hacía allí casi inútil un estudio de notario, y los habitantes iban á hacer sus documentos ante los notarios de la capital del distrito.

El juez de paz, llamado Clousier, era un antiguo abogado de Limoges, que se vió sin pleitos, porque quiso poner en práctica aquel hermoso axioma de que el abogado es el primer juez del cliente y del proceso. Hacia el año 1809 obtuvo esta plaza, cuyos escasos honorarios apenas le permitían vivir. En la actualidad había llegado á la más honrosa, pero también á la más completa miseria. Después de veintidós años de habitar en aquel pobre pueblo, el pobre hombre se había convertido en un aldeano, y hasta tenía cierta semejanza con los cortijeros del país. Bajo esta forma, casi grosera, Clousier ocultaba un talento claro, entregado á altas meditaciones políticas, pero caído en una completa indolencia á causa del completo conocimiento que tenía de los hombres y de sus intereses. Este hombre, que durante mucho tiempo burló la perspicacia del señor Bonnet, y que, en

la esfera superior, hubiese recordado á Hospital, había acabado por entregarse á la vida contemplativa de los antiguos solitarios. Rico en privaciones, no había consideración alguna que pudiese influir en su espíritu, sabía las leyes y juzgaba imparcialmente. Su vida, reducida á lo estrictamente necesario, era pura y regular. Los aldeanos amaban y estimaban al señor Clousier, á causa del desinterés paternal con que resolvía sus desavenencias y con que les aconsejaba en los menores asuntos. El pobre Clousier, como decía todo Montegnac, hacía dos años que tenía de escribiente á un sobrino suyo, joven inteligente, y que, más tarde, contribuyó mucho á la prosperidad del concejo. La fisonomía de este anciano llamaba la atención por su frente ancha y espaciosa. Dos mechones de cabellos blancos se velan desgredados á uno y otro lado de su cabeza calva. Su tez rubicunda y su gordura hubiesen hecho creer, á pesar de su sobriedad, que cultivaba tanto á Baco como á Troplong y á Toullier. Su voz, casi extinguida, indicaba la opresión del asma. Es muy probable que el aire seco de Montegnac hubiese contribuido á que fijase su residencia en el país. Vivía en una casa que había sido arreglada para él por el dueño, que era un almadroñero rico. Clousier había visto ya á Verónica en la iglesia, y la había juzgado sin comunicar sus ideas á nadie, ni aun al señor Bonnet, con quien empezaba á familiarizarse. Por la primera vez en su vida, el juez de paz iba á encontrarse en medio de personas que estaban en estado de comprenderle.

Una vez colocados en torno de una mesa ricamente provista, pues Verónica había llevado todos los muebles de Limoges á Montegnac, estos seis personajes experimentaron un momento de azoramiento. El médico, el alcalde y el juez de paz no conocían á Grossetete ni á Gerard; pero, mientras se sirvió el primer plato, la franqueza del antiguo banquero bastó para fundir el hielo del primer encuentro. Además, la amabilidad de la señora Graslin entusiasmó á Gerard y animó al señor Roubaud. Manejadas por ella, aquellas almas de exquisitas cualidades reconocieron su parentesco. Todo el mundo se sintió bien pronto en una esfera simpática. De modo que cuando se sirvieron los postres, cuando

las copas y las porcelanas de borde dorado brillaron, cuando empezaron á circular los vinos escogidos servidos por Alina, por Champión y por el criado de Grossetete, la conversación se hizo bastante familiar para que aquellos cuatro hombres excepcionales, reunidos por la casualidad, se comunicasen su verdadera opinión sobre las materias importantes cuya discusión es agradable cuando se da con gente culta y de buena fe.

—¿Ha coincidido su licencia con la revolución de julio?

—dijo Grossetete á Gerard pidiéndole su opinión.

—Sí,—respondió el ingeniero.—Estaba en París durante los tres famosos días, lo he visto todo, y he sacado en conclusión cosas muy tristes.

—¿Cuáles?—dijo el señor Bonnet con vivacidad.

—Que ya no hay patriotismo más que entre los descamisados,—respondió Gerard.—En eso está la pérdida de Francia. Julio es la derrota voluntaria de las superioridades de nombre, de fortuna y de talento. Las masas, abnegadas, han vencido á las clases ricas é inteligentes, entre las que, por desgracia, no existe abnegación alguna.

—A juzgar por lo que ocurre hace un año,—dijo el señor Clousier,—este cambio es una prima dada al mal que nos devora, al individualismo. Dentro de quince años toda cuestión generosa se traducirá por las palabras: *¿A mí qué me importa?* el gran grito del libre albedrío que baja de las alturas religiosas en donde lo introdujeron Lutero, Calvino, Zwingle y Knox. Las dos terribles frases: *cada uno para sí y cada uno en su casa*, unidas al *¿a mí qué me importa?* formarán la sabiduría trinitaria del burgués y del pequeño propietario. Este egoísmo es el resultado de los vicios de nuestra legislación civil, hecha con demasiada precipitación, y á la que la revolución de julio acaba de dar una terrible consagración.

Después de esta sentencia, cuyos motivos debieron preocupar á los convidados, el juez de paz guardó su habitual silencio. Animado por las palabras de Clousier y por las miradas que cambiaron Gerard y Grossetete, el señor Bonnet se atrevió aun más.

—El buen rey Carlos X,—dijo,—acaba de fracasar en la empresa más previsora y más saludable que monarca

alguno ha podido intentar para la dicha de los pueblos que le están confiados, y la Iglesia debe estar orgullosa de la parte que en dicha empresa ha tomado con sus consejos. Pero á las clases superiores les ha faltado corazón é inteligencia, como les había faltado ya en la cuestión de la ley sobre el derecho de primogenitura, el eterno honor del único hombre de Estado atrevido que ha tenido la Restauración, el conde de Peyronnet. Reconstituir la nación por medio de la familia, quitar á la prensa su acción venenosa dejándole únicamente el derecho de ser útil, hacer entrar á la cámara electiva en sus verdaderas atribuciones, devolver á la religión su poder sobre el pueblo: tales han sido los cuatro puntos cardinales de la política interior de la casa de Borbón. Pues bien, dentro de veinte años, Francia entera reconocerá la necesidad de esta grande y sana política. El rey Carlos X estaba más amenazado en la situación que ha querido abandonar que en aquella en que su paternal poder ha perecido. El porvenir de nuestro hermoso país, en donde todo será periódicamente razonado, en donde se discutirá sin cesar, en lugar de obrar, en donde la prensa, que llegará á ser soberana, será el instrumento de las más bajas ambiciones, probará la sabiduría de este rey que acaba de llevarse consigo los verdaderos principios del gobierno, y la historia reconocerá el valor con que supo resistir á sus mejores amigos, después de haber sondado la llaga y de haber reconocido su extensión y visto la necesidad de medios curativos que no han sido sostenidos por aquellos por quienes él se ponía en la brecha.

—Señor cura, habla usted con franqueza y sin el menor reparo, y no le contradeciré—exclamó Gerard.—Napoleón, en su campaña de Rusia, se había anticipado cuarenta años al espíritu de su siglo, y no supieron comprenderle. La Rusia y la Inglaterra de 1830 explica la campaña de 1812. Carlos X sufrió la misma desgracia: dentro de veinticinco años sus ordenanzas se convertirán en leyes.

—Francia, país demasiado elocuente para no ser charlatán, y demasiado vanidoso para que no reconozca sus verdaderos talentos, es, á pesar del sublime buen sentido de su lengua y de sus masas, el último de todos los